

## LUIS GONZALEZ OBREGON

Nació en Guanajuato, Gto., el 25 de agosto de 1865. Murió en México, D. F., el 19 de junio de 1938.

Historiador, periodista, fecundo hombre de letras, consagróse desde su temprana juventud a la investigación histórica en ricas bibliotecas y archivos en donde transcurrió la mayor parte de su vida. Su amor al estudio le convirtió en uno de los historiadores más versados y eruditos. Recreó el pasado mexicano como muy pocos lo han hecho y revivió el desarrollo de la ciudad de México con deleite entrañable, al grado que ha sido uno de sus cronistas más connotados y el creador de la tradición nacional como Ricardo Palma en el Perú. Su rigor en la investigación se muestra en obras como el prólogo a la *Memoria del Desagüe*, en tanto que la fantasía y la ficción se da en *Las Calles de México* y en otras obras de leyenda. La continua lectura y su voluntario encierro en el Archivo General de la Nación le volvieron ciego y le dieron una tez de cirio que daba a su delgada figura un aire espectral. Su debilidad física la venció con su potente voluntad de trabajo, y gracias a ella, hoy podemos gozar, a un centenario de su nacimiento, de sus innumerables y sabrosos escritos.

Escribió y publicó: *Anuario Bibliográfico Nacional* (1899); *Breve Noticia de los Novelistas Mexicanos en el siglo XIX* (1889); *México Viejo* (1891); *El Capitán Bernal Díaz del Castillo, conquistador y cronista de Nueva España* (1894); *Don José Fernando Ramírez, datos bio-bibliográficos* (1898); *Reseña Histórica de las obras del Desagüe del Valle de México* (1902); *Los Precursores de la Independencia en el siglo XVI* (1906); *Don Justo Sierra, Historiador* (1907); *Don Guillermo de Lampert: La Inquisición y la Independencia en el siglo XVII* (1908); *Fr. Melchor de Talamantes* (1909); *Biografías y Escritos Póstumos; La Biblioteca Nacional de México* (1910); *La Vida en México en 1810* (1910); *Vetusteces* (1917); *Las Calles de México* (1922); *Cauhtémoc* (1922); *Croniquillas de la Nueva España* (1936); *Cronistas e historiadores* (1936); *Ensayos históricos y biográficos* (1937) y muchos otros más, así como abundantes artículos históricos y literarios que revelan su intensa actividad, su capacidad creadora, su amor profundo a la historia.

De su personalidad se han ocupado: José Miguel Quintana en "Luis González Obregón. Sus maestros y amigos" en *BBSHCP*. No. 42, 10. sept. 1955; p. 4; Jesús Castañón Rodríguez en "Homenaje a Luis González Obregón" y "Bibliografía de don Luis González Obregón" en *BBSHCP*, No. 42, 10. sept. 1955, p. 4 y 5. Alberto María Carreño le ha estudiado en "Algunos inolvidables muertos. Discurso leído en la velada conmemorativa del XXV aniversario de la Academia, el 12 de septiembre de 1944" *MAMH*, T. III, No. 4, oct-dic, 1944, p.

410-422. Daniel de Noriega, "Homenaje. Biografía y bibliografía de don Luis González Obregón", *Novedades, México en la Cultura*, 12 sept. 1965, p. 3; José Luis Rubluo, "Homenaje bibliográfico a Luis González Obregón", *BBSHCP*, No. 325, 15 agosto 1965, 9-11; Andrés Henestrosa, "Alacena de minucias". *El Nacional*, 22 agosto 1965; Próspero Miró (pseud.) *Sismógrafo, Novedades, México en la Cultura*, agosto de 1965; Luis Leal. "González Obregón y la tradición nacional". *El Nacional*, 24 de octubre de 1965, p. 1. Uno de los trabajos más serios en torno del Cronista es el de Alberto María Carreño, *El cronista Luis González Obregón (Viejos cuadros)*. México, Ed. Botas, 1938, 215 p. José Luis Rubluo en su trabajo arriba citado proporciona amplia información bibliográfica acerca de don Luis.

Fuente: Luis González Obregón. *México Viejo. Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*. México, Editorial Patria, S. A., 1955. XV, 792 pp. 635-644

#### HEROINAS DE LA INDEPENDENCIA

El corazón de la mujer es una urna sagrada que encierra los más suaves y delicados perfumes, la santidad de la virtud, la piedad de la religión, lo mismo que el cariño abnegado de esposa, de madre y de hija.

La mujer mexicana ha arrullado a sus hijos a la apacible luz de la lámpara del hogar, y los ha alentado con su ejemplo en los peligros y combates, entre el fragor de las armas y a la rojiza llama de los incendios.

Durante la guerra de insurrección, las mujeres mexicanas recorrieron nuestras ciudades y campos de batalla, como diosas protectoras, ya anunciando el génesis de nuestra independencia, ya avivando con su amor un amor más grande y santo; ora sorprendiendo con hazañas que rayaron en lo fabuloso, ora, en fin, derramando su propia sangre, no contentas con haber ofrecido la de sus hijos.

"Las mujeres mexicanas, decía un testigo ocular de aquellos homéricos tiempos, casadas con españoles o criollos, eran secreta o abiertamente partidarias de la independencia. El temor del castigo no reprimía en modo alguno su decidido patriotismo: durante la revolución fueron siempre fieles a la causa de la independencia y en muchas ocasiones se distinguieron por su valor e intrepidez. Cualquiera derrota de los patriotas tendía una nube sobre sus serenas frentes; y sus hermosos ojos, a la noticia de cada victoria, se llenaban de lágrimas de júbilo y brillaban con doble resplandor. Las canciones con que las

madres entretenían a sus hijos respiraban libertad y odio al despotismo español”...

Con los nombres de estas heroínas, pocos conocidos y muchos ignorados, es preciso formar un ramillete inapreciable, para depositarlo en el santuario donde veneremos a la deidad que personifica la tierra en que nacimos.

La primera, una de las más grandes, es aquella esforzada mujer que en medio de la noche envía un emisario a Hidalgo, para comunicarle que la conspiración de Querétaro ha sido denunciada. El mensaje se puede traducir en las bellísimas palabras del gran Ramírez: “En pos de estas letras van la prisión y la muerte; mañana serás un héroe o un ajusticiado; en esta revolución está la pérdida de mi libertad; pero este sacrificio no será estéril, porque sé que me mandarás en contestación el grito de independencia.”

Y no se equivocaba. El eco de las campanas de Dolores, que saludaron a la más espléndida de nuestras auroras, fue la contestación que dio el heroico Hidalgo a doña Josefa Ortiz de Domínguez, que por su oportuno aviso y por sus sacrificios posteriores será la primera y una de nuestras más grandes heroínas.

Grande también, sublime por su amor a la Independencia, demostrado desde la edad de 19 años, es Leona Vicario, que improvisa correos, que alienta a los tímidos, que remite recursos a los independientes, que protesta morir antes que denunciar a los conspiradores, que sufre resignada una prisión de la cual logra evadirse para ir en pos de la guerra, llevando consigo una imprenta que reproduce los pensamientos y aspiraciones de los patriotas insurgentes.

Una vez con los suyos, se une a su amante, “enciende la antorcha nupcial en la hoguera del patriotismo”, como dice don Ignacio Ramírez, y descifre tal vez “su guirnalda y su velo para vendar una herida en la frente del desposado”.

Leona Vicario tiene un rasgo liberalísimo, no nuevo en los anales del desprendimiento; pero a nuestro juicio muy desinteresado por su realización.

Leona Vicario, para comprar el bronce con que se habían de fundir cañones en Tlalpujahuá el año de 1812, vendió sus joyas.

No amenguamos el mérito indisputable que tiene Isabel la Católica, la gran Reina de España, de haber ofrecido sus alhajas para descubrir y conquistar el Nuevo Mundo, pero admira-

mos más la acción de la heroína mexicana, que vende sus joyas para defender y alcanzar la libertad de un pueblo.

No tan conocida como la Corregidora y Leona Vicario, pero tan amante de su país como las primeras, fue la esposa de don Manuel Lazarín, doña Mariana Rodríguez del Toro.

Era la noche del lunes santo de 1811. En la casa de Lazarín, reunidas en amena tertulia se hallaban muchas personas, entre las cuales no pocas se distinguían por afecto a la Independencia.

De repente, después de las ocho y media de la noche, un repique a vuelo de las campanas de la Catedral y una salva de artillería, pusieron en alarma a los tertulianos de Lazarín.

¿Qué indicaba aquel brusco toque de campanas y aquellos desusados disparos de cañón, a tal hora y en tiempo santo? El gobierno virreinal, regocijado con la prisión de Hidalgo y de sus ilustres compañeros, anunciaba tan fausto acontecimiento para los realistas y tan lamentable para los insurgentes.

En la casa de Lazarín la noticia cayó como un rayo. El pánico enfrió las venas de los tímidos; pero entonces, una mujer tan varonil como su patriotismo se levantó en medio de todos, diciéndoles:

—¿Qué es esto, señores? Qué, ¿ya no hay hombres en América?

Los cobardes, confusos aunque reanimados, preguntaron:

—¿Pues qué hacer?

—¡Libertar a los prisioneros!

—¿Pero cómo?

—¡De la manera más sencilla: Apoderarse del Virrey en el paseo, y ahorcarlo!

Esa noche nació la conjuración conocida en nuestra historia por *conspiración del año de 11*, que fracasó, es cierto, pero que despertó el espíritu público, y pudo ser de funestas consecuencias para el gobierno español, porque en ella estaban comprometidas muchas personas notables de la época, como escritores, abogados, miembros del clero y aún de la nobleza.

Doña Mariana Rodríguez sufrió en cambio las más crueles persecuciones, y prisionera en unión de su esposo, no se vio libre sino hasta el año de 1820.

No sólo en la capital y en conspiraciones, sufriendo insultos y cárceles; también en el campo de batalla y luchando en compañía de los bravos insurgentes, hubo heroínas en aquella memorable guerra de emancipación.

De éstas fueron, Manuela Medina, natural de Tetzcocho, y María Fermina Rivera, nacida en Tlaltizapan.

La primera, llamada "La Capitana", levantó una compañía de independientes; se encontró en siete acciones de guerra; sólo por conocer al gran Morelos emprendió un largo viaje de más de cien leguas, y al fin de la jornada dijo que ya moriría con gusto, aunque la despedazase una bomba de Acapulco.

Manuela Medina murió en su ciudad natal en marzo de 1822, a consecuencia de dos heridas que recibió en un combate y que la tuvieron postrada año y medio en el lecho del dolor.

La segunda, doña María Fermina Rivera, fue viuda del coronel de Caballería don José María Rivera y "tuvo que luchar con hambres terribles, caminos fragosos, climas ingratos, y cuanto malo padecieron sus compañeros de armas, pudiendo ella dar tal nombre a los soldados, porque algunas veces cogía el fusil de uno de los muertos o heridos, y sostenía el fuego al lado de su marido con el mismo denuedo y bizarría que pudiera un soldado veterano".

Doña María Fermina murió en la acción de Chichihualco, defendiéndose valerosamente al lado de don Vicente Guerrero en febrero de 1821.

Junto a estas nobles matronas debe figurar Manuela Herrera, que huérfana de madre, quemó su hacienda para no proporcionar recursos a sus enemigos. Fue ella la que alojó al inmortal Mina en el rancho del Venadito, donde cayó prisionera con su ilustre huésped; y perseguida después, robada, insultada por una soldadesca incapaz de respetar el heroísmo, tuvo que vivir en medio de los bosques, desnuda y hambrienta como una eremita consagrada en la soledad para rogar a Dios por la salvación de la patria.

La guerra de Independencia en México tuvo también heroínas mártires. Los insurgentes nunca fusilaron a mujer alguna del partido realista; pero en cambio éste manchó sus armas con sangre del bello sexo.

Fue en una noche tempestuosa del mes de agosto de 1814. Cerca del pueblo de Valtierra, bajo las órdenes de don Ignacio García, una partida de realistas se hallaba empeñada en sostener reñida acción con un grupo de patriotas independientes. La lucha era prolongada y heroica. La lluvia proseguía y el terreno, fangoso y surcado de arroyos, aumentaba las dificultades de aquella gloriosa acción, que duró desde las ocho y media de la noche hasta las siete y media de la mañana del

día siguiente. No refiere el parte respectivo quienes fueron los vencedores; solamente hace constar que cayeron prisioneros los patriotas Miguel Yáñez, José Esquivel y Eustaquia Hernández, “emisarios de la mayor confianza de los rebeldes”.

García lo participó así a su jefe superior don Agustín de Iturbide, quien no tuvo piedad de los vencidos, pues él mismo refiere que los mandó pasar por las armas. “Se fusiló al mismo tiempo —agrega Iturbide— a María Tomasa Estévez, comisionada para seducir la tropa, y habría sacado mucho fruto por su bella figura, a no ser tan acendrado el patriotismo de estos soldados.”

Las ejecuciones se verificaron en la entonces Villa de Salamanca, en el mismo mes de agosto de 1814.

La heroína María Tomasa Estévez no necesita de nuestros elogios. Su mismo enemigo se los hizo. Murió por su patriotismo y por su hermosura.

Hay otra heroína de humilde origen, pero que no debemos omitir, porque fue mártir de la Independencia. Se llamaba Luisa Martínez, esposa de Esteban García Rojas, alias el “Jaranero”, la cual tenía un tendajón en el pueblo de Erongarícuaro, allá por los años de 1815 a 1816. En el pueblo todos eran “chaquetas”, es decir, partidarios de los realistas; pero ella, amantísima del bando contrario, servía a los guerrilleros de corazón; con actividad les proporcionaba noticias oportunas, víveres, recursos, y les enviaba además comunicaciones de los jefes superiores, con quienes sostenía continuada correspondencia. Un día fue sorprendido por don Pedro Celestino Negrete el correo de la Martínez, que era portador de cartas dirigidas al guerrillero Tomás Pacheco. Luisa Martínez huyó; pero perseguida, hecha prisionera y encapillada, hubo necesidad de que diera dos mil pesos y prometiese no volver a comunicarse con los patriotas para que recobrase su libertad. Mas no escarmentó en lo sucesivo. Tres veces más se le persiguió, encarceló y multó, hasta que al fin no pudo satisfacer la cantidad de cuatro mil pesos que le exigía don Pedro Celestino Negrete, y fue fusilada de orden de éste en uno de los ángulos del cementerio de la Parroquia de Erongarícuaro, el año de 1817.

Poco antes de morir, dirigiéndose a Negrete le dijo:

—¿Por qué tan obstinada persecución contra mí? Tengo derecho de hacer cuanto pueda en favor de mi patria, porque soy mexicana. No creo cometer ninguna falta con mi conducta, sino cumplir con mi deber.

Negrete permaneció inflexible, y Luisa Martínez cayó atravesada por las balas de los realistas.

El Estado de Michoacán cuenta otra heroína mártir, doña Gertrudis Bocanegra de Lazo de la Vega. Luchó con sublime abnegación por la patria. Sacrificó en aras de ella a su esposo y a sus intereses. Mina y otros caudillos le debieron que les salvara la vida en más de una ocasión. Ningún historiador consagra otro dato sobre su vida. Sólo sabemos que murió fusilada en la plaza de Pátzcuaro el 10 de octubre de 1817.

Imposible sería hablar de todas y cada una de las heroínas de la independencia de México, en un artículo que no puede, por su extensión, ni encerrar sus nombres ni conocer sus hazañas.

Contentémonos, pues, con consignar un recuerdo a doña Rafaela López Aguado, madre de los Rayones, que fue digna émula de las espartanas; a doña María Petra Teruel de Velasco, hada protectora de los insurgentes presos; a doña Ana García, esposa del patriota coronel José Félix Trespalacios, a quien acompañó en una travesía de ciento sesenta leguas y salvó de dos sentencias de muerte que contra él fulminara el partido realista; a las hermanas González de Pénjamo, que sacrificaron su fortuna y derribaron su casa para unirse con los insurgentes; a las hermanas Moreno, que dieron tantas pruebas de abnegación y de patriotismo, al lado de don Pedro Moreno y de Mina; y a las jóvenes Francisca y Magdalena Godos, también hermanas, que durante el sitio de Coscomatepec, hacían cartuchos y cuidaban a los enfermos.

¿Y qué diremos de las heroínas sin nombre, que por este motivo son más dignas de eterno recuerdo, y de las cuales la ingrata historia sólo ha conservado la memoria de alguna de sus acciones?

La mujer de Albino García, pobre y humilde de origen, montada a caballo, sable en mano “entraba la primera a los ataques, animando con su voz y su ejemplo a los soldados”.

En Soto la Marina, durante el sitio inmortal sostenido por el mayor Sardá y sus heroicos compañeros, “lo abrasado de la atmósfera y los incansantes esfuerzos de la tropa, pronto hicieron insostenible la sed que la atormentaba: y aunque el río se hallaba a pocos pasos, era tan vivo y destructor el fuego del enemigo, que *ni el más intrépido de los hombres se atrevió a exponerse para aliviar tan urgente necesidad*. En estas circunstancias una heroína mexicana, viendo cuánto sufrían de desfallecimiento los defensores de la patria, tuvo el arrojo de adelan-

tarse en medio de una lluvia de balas y la fortuna de proporcionarles un poco de agua sin experimentar el menor daño”.

Hubo otra heroína en Huichapan, que levantó a sus expensas una división de insurgentes, se puso al frente de ella, y en cierta acción, entre muchas que sostuvo, dispersos los soldados por el enemigo, se quedó sola, defendiéndose con tanto valor, que obligó al jefe realista y a la tropa de éste le rindieran las armas y le conservaran la vida...

También una extranjera compartió con las nuestras la gloria de haber sufrido por alcanzar la emancipación de México. Vino con el general Mina desde Galveston, fue francesa de origen y se apellidaba La Mar. Había residido en Cartagena de Indias y distinguiéndose por su amor a la libertad americana. En Soto la Marina, con la mayor abnegación cuidó de los enfermos y de los heridos, y dio pruebas de heroísmo durante el sitio. Hecha prisionera fue enviada a Veracruz y obligada “a servir en un hospital en las más penosas y repugnantes ocupaciones”. Logró fugarse y unirse a la división de don Guadalupe Victoria, pero al cabo de algún tiempo, fue hecha prisionera de nuevo por los realistas, y puesta a servir en julio de 1819 con una familia particular de Xalapa. A pesar de repetidos memoriales que remitió al Virrey, no se le permitió regresar a su país, y estuvo en duro cautiverio hasta la consumación de la Independencia.

De propósito hemos reservado, para terminar, la narración de dos episodios que sobrepujan a lo heroico, que son casi sobrehumanos, y de los que fueron protagonistas, en glorioso sitio, doña Antonia Nava, esposa de don Nicolás Catalán, uno de los más valientes defensores de la Independencia y doña Catalina González, compañera y amiga de aquella heroína.

En un pueblecito perdido en las escabrosidades de la Sierra de Xaliaca o Tlacotepec, en el Sur, el General don Nicolás Bravo sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban a sus órdenes el citado Catalán y un puñado de valientes; pero la situación era tan crítica, que la rendición se hacía esperar de un momento a otro. “No era que faltase el valor: era que hacía algunos días que las provisiones se habían agotado y el desaliento había invadido a los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza.” El general Bravo hizo un esfuerzo supremo. Sacrificando sus sentimientos humanos que siempre lo distinguieron, mandó diezmar a sus soldados, para que comiesen los demás. La orden iba a cumplirse, cuando doña Antonia Nava y doña Catalina González.



seguidas de un grupo de numerosas mujeres, se presentaron al general, y con varonil actitud le dijo la primera:

—Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles a nuestra patria. ¡No podemos pelear, pero podemos servir de alimento! He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración a los soldados —y dando el ejemplo de abnegación sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho: cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquel rasgo sublime.

El desaliento huyó como los fantasmas con la luz de la mañana. Las mujeres se armaron de machetes y garrotes y salieron a pelear con el enemigo.

Casi todos los insurgentes murieron, pero ninguno se rindió.

No satisfecha la heroína, a quien llamaban La Generala, con aquella grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de uno de sus deudos, que asesinado por los realistas había sido llevado a la presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla, manifestándole que por la patria aun mayores sacrificios debían hacerse: doña Antonia Nava, con voz entera y ahogando su dolor, dirigió a Morelos estas sencillas, pero elocuentísimas palabras:

—No vengo a llorar, no vengo a lamentar la muerte de este hombre; sé que cumplió con su deber; vengo a traer cuatro hijos, tres pueden servir como soldados, y otro, que está chico, será tambor y reemplazará al muerto.

¿Qué otra cosa hizo Cornelia, la madre de los Gracos?

Para elogiar dignamente a nuestras heroínas, las palabras son pocas, las frases, pálidas: los mismos hechos pregonan su grandeza.

Solamente los poetas, con liras de marfil y cuerdas de oro, son dignos de cantarlas; nuestra prosa es débil, impotente; deslumbrados por los resplandores de tanta gloria, nos contentamos con depositar humildes laureles, símbolo de nuestra gratitud sin límites, sobre las tumbas ignoradas de las madres de nuestra madre, la patria.